

LAS DOS ESTANCIAS, AMBAS DESCORAZONADORAS, DE BARCELÓ EN ALGECIRAS

Martín Bueno Lozano / Sacerdote. Historiador.

Barceló pasó por Algeciras en dos épocas de su vida, ambas llenas de sinsabores y amargos desengaños, producto de las maniobras encubiertas de sus envidiosos. Este es el objeto de este estudio.

QUIÉN ERA BARCELÓ

No había pasado aún de los veintiún años, cuando el rey de España le concedió el grado de Alférez de la Armada Real *“en atención a los méritos y servicios -son palabras del rey- como patrón del jabeque que sirve a la isla de Mallorca, y señaladamente por el valor y acierto con que lo defendió e hizo poner en fuga a dos galeotas argelinas que le atacaron en ocasión que llevaba de transporte dos destacamentos de soldados”*.

Los “servicios” a que se refiere el despacho real eran los del correo entre Palma y Barcelona, heredado de su padre, increíble si se piensa que tenía que vérselas más de una vez, en el trayecto, no sólo con los vientos y con las olas, sino también con los piratas norteafricanos que insistentemente molestaban nuestras costas de levante y del sur; y más increíble todavía si se sigue pensando que lo venía haciendo desde hacía tres años a la edad tan pronta de los dieciocho, en que había recibido el pomposo título de “Tercer piloto en los mares de Europa”.

Lo llevaba en la masa de la sangre. Había nacido en la Noche Vieja del año 1717 en Palma de Mallorca, de un famoso marinero del que en aquellos días se hacían lenguas en la ciudad por su última hazaña frente al puerto de Mataró apresando a una fragata mora tras reñidísima refriega.

Pronto, sin abrir un libro, aprendió sobre la cubierta del jabeque de su padre el difícil manejo de la brújula y el velamen, porque casi un niño lo acompañaba ya en sus viajes a Barcelona transportando cartas y paquetes postales.



Retrato de D. Antonio Barceló.

Fue, luego, inaudito que, ante el asombro general, a sus treinta y nueve años, por decreto del rey fuera ascendido a teniente de navío e ingresara en el Cuerpo General de la Armada, no de modo honorífico, como hasta ahora lo había sido de alférez desde los veintidós años, sino efectivo con derecho a nómina. No tenía sangre azul, carecía de toda instrucción científica y literaria, apenas sabía estampar su firma, tosco en el hablar y brusco en sus modales, no había sido guardia marina... ¡Cuáles no serían sus méritos para recibir tanta recompensa, prescindiendo de las obligadas condiciones previas! Barceló era ya un mito. No se lo perdonarían.

Sirviendo al rey nunca puso coto a su dedicación y esfuerzo. Entre sus hazañas, por poner alguna, merece notarse la de que, navegando en su barco, fue atacado por tres galeotas argelinas, a las que, abordándolas, como era su estilo, las fue hundiendo una a una, y apresando a ciento sesenta moros, entre los cuales se encontraba Selim, el célebre entonces capitán de piratas, del que se dice inspiró a Espronceda la conocidísima canción “*Con diez cañones por banda*”... Barceló pagó su precio: una bala le hirió la mejilla izquierda, y, desde entonces llevó la cara desfigurada por la cicatriz, gloriosa como su sordera producida por el estampido de los cañones.

PRIMERA ESTANCIA DE BARCELÓ EN ALGECIRAS (1779-1783)

La orden de dirigirse a Algeciras con su escuadra la recibió en el puerto de Málaga dentro de un pliego que no podía abrir hasta hallarse en alta mar. En él se le encomendaba el mando de la escuadra que había de bloquear, ya por tercera y última vez, a Gibraltar para recuperarla.

Sobre la mesa del rey llovieron proyectos, casi todos quiméricos. El de Barceló consistía en un ataque masivo al Peñón con los cañones de su invención, que ya había experimentado con cierto éxito.

Un militar inglés confesó :

“La primera vez que se vieron las lanchas desde nuestros buques causaron risa. Mas no transcurrió mucho tiempo sin que se reconociera que constituían el enemigo más temible que hasta entonces se había presentado, pues atacaban de noche, y, al elegir las más oscuras, era imposible apuntar a su pequeño bulto. Al principio trataron las baterías de deshacerse de ellas y disparaban al resplandor de su fuego. Después se advirtió que se gastaban inútilmente municiones”.

No se accedió a construir el número de cañoneras que Barceló creía necesarias para la operación. No se le hizo caso. E incluso bajo expediente lo apearon del mando.

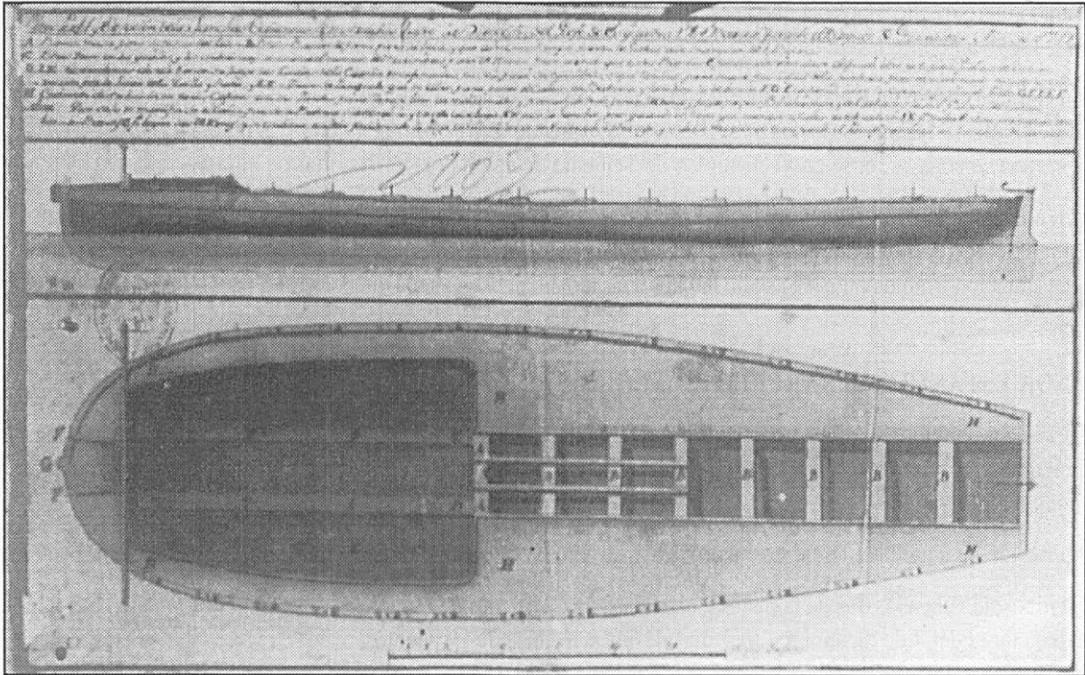


Figura 1. Plano, con planta y alzado, de una de las lanchas cañoneras diseñadas por Barceló (Archivo de Simancas).

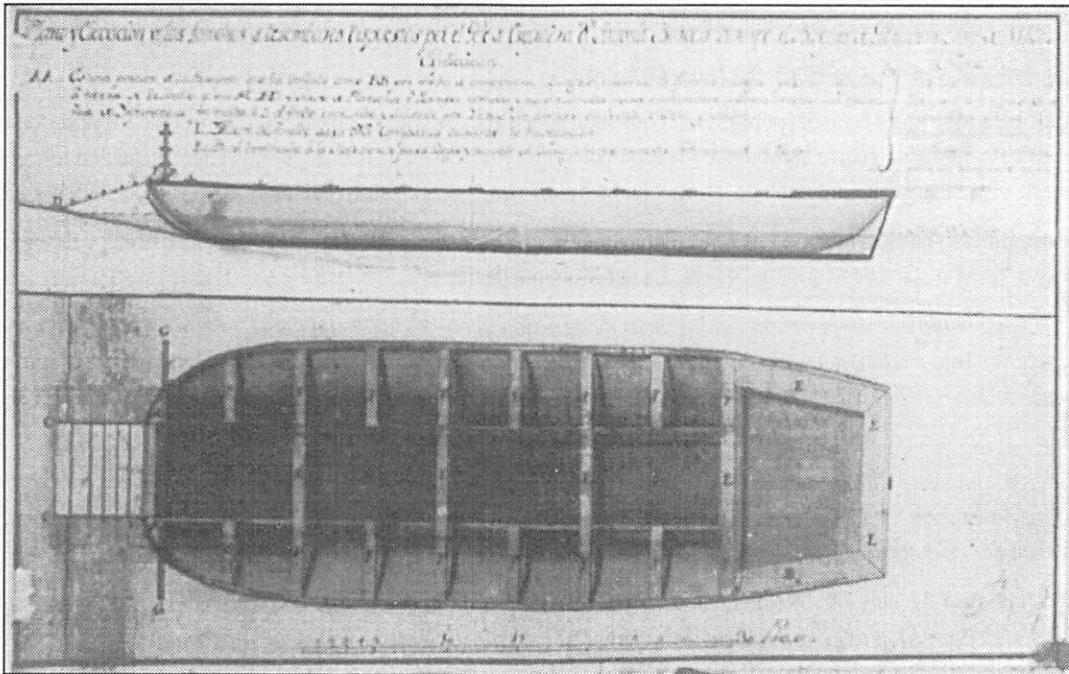


Figura 2. También diseñó lanchas de desembarco para tropas con rampa abatible en la proa, precursoras de las actuales (Archivo de Simancas).

Tanta amargura dio motivo a que le escribiera al rey solicitando otro destino *“hasta que en él también me persiga la envidia”*. Llegó a pedir consejo de guerra para que se le condenara o absolviera.

En carta dirigida a un amigo se lamenta de la persecución de que es objeto y de que se le moteje de falta de blasones. Pero advierte que, *“...si bien es verdad que otros nacen con la limpieza de sangre que se les exige para el ingreso en la Armada como guardia marina...”*, él se ganó el empleo de Teniente de navío por sus victorias en el mar.

Mientras tanto, el 13 de septiembre de 1782 fracasa estrepitosamente ante Gibraltar la acción de las baterías flotantes con el trágico saldo de alrededor de mil muertos. Vuelven entonces los ojos a Barceló y en noviembre lo rehabilitan para que salve una situación irremediable. El asedio había fracasado, no había ya nada que hacer. La paz se firmó tres meses después.

SEGUNDA ESTANCIA DE BARCELÓ EN ALGECIRAS (1790-1792)

El 19 de noviembre de 1790 -ocho años después, cuando él había llegado ya a los setenta y tres- Barceló recibió en su casa de Palma una comunicación por la que *“el Rey se ha dignado -decía- conferir el mando de las fuerzas navales que se congregan en la bahía de Algeciras”*.

La misión de aquellas fuerzas consistía en una operación de castigo al Emperador de Marruecos.

Se hizo a la vela a las dos de la madrugada del 25 de dicho mes de noviembre y no llegó a Algeciras hasta las cinco y media de la tarde del 7 de diciembre, doce días después, a causa de los vientos.

Al bajarse del barco se enteró de que se había firmado la paz. No obstante se le ordenaba *“...subsistir en ese pueblo (Algeciras) por ahora sin encargarse del referido mando hasta que reciba nuevas órdenes de lo que ha de ejecutarse”*.

Contestó pidiendo hacer algo, fundado en que la paz *“no podía subsistir por la poca fe que hay en los moros”*.

Se le concede. Envío sus planes. No le hicieron caso.

Pronto el tiempo le dio la razón, porque efectivamente, aquella paz se vino abajo enseguida, tal como lo había presentido. Se le declaró, de nuevo, la guerra al moro sin la preparación que Barceló había aconsejado, y, además, haciéndole el feo de prescindir de él y encargar la dirección de las operaciones a otro que por su historial de marino no parecía el más adecuado.

Presto, Barceló envió a la corte tres representaciones, como entonces se decía, empapadas de tristeza y desengaño, al Monarca y a los Ministros de Marina y Guerra. La del Monarca decía:

“... habiendo cesado por entonces las ideas de agresión que V.M. tenía con aquel Soberano, se sirvió mandarme subsistir en este pueblo, pero sin tomar el mando de las fuerzas navales que debían congregarse en esta bahía hasta nuevas órdenes de lo que se debía ejecutar, que aún aguardo.

En el día veo con el mayor dolor, haber empezado de nuevo las hostilidades contra los marroquíes sin contar conmigo, ignorando la causa... no puedo persuadirme, Señor, a que sea la intención de V.M. de tenerme aquí en inacción y al frente del enemigo, sufriendo el desaire, que se hace muy notable, y que, a la verdad, no creo merecen mi buen celo y amor al mayor servicio de V.M., como tengo acreditado. En esta atención

Suplico a V.M. muy encarecidamente se digne disponer de mí lo que fuere más de su real agrado, en inteligencia de que deseo sacrificar el corto tiempo de mi vida en el mayor servicio de V.M., pues hay valor y conocimiento para todo, a Dios gracias. Algeciras, 22 de agosto de 1791...”

A vuelta de correo se le indica que siga en Algeciras por si se presentase alguna ocasión de encomendarle algo. El jefe al que se le había encargado el mando debió de dar tales pruebas de su inepticia que hubo necesidad de quitárselo y de dárselo a Barceló el 3 de enero de 1792. Al fin, después de un año de espera, en el que vio pasar el tiempo desatendido y humillado, se le concedía aquello para lo que se le había sacado de la tranquilidad de su casa.

La primera dificultad que se le presentó fue el tiempo. Ya es sabido que el Estrecho es un callejón, cuyos vientos hacían difícil y, a veces, imposible la andadura de aquellos barcos que necesitaban para moverse de los vientos, pero no tan recios. Y era, precisamente, en enero cuando predominaban.

Aprovechó Barceló aquel ocio para poner a punto los preparativos. El 7 de febrero escribía a Madrid: *“Me ha sido preciso empezar la obra de raíz. Extraño como el General (aquí el nombre del que había sido destituido por su ineptitud) trataba de volver al bombardeo no teniendo cosa con cosa”*.

Mas cuando más empeñado estaba en la tarea, un hecho inesperado vino una vez más a truncar sus ilusiones. El día 15 de marzo puso en conocimiento del ministro la siguiente noticia:

“Con fecha 2 del corriente se me dice con certeza haber muerto el Rey de Marruecos en una batalla que le dio su hermano MuleyYehen.

Yo, sin embargo, voy continuando con actividad estas obras (pues todo lo he hallado en el estado más deplorable) y disponiendo las cosas para cualquier ocurrencia...”

El enemigo desaparece y, en consecuencia, todos sus planes. La paz se formalizó el 12 de junio y don Antonio recibió la orden de marcharse: *“Su majestad está satisfecho del celo que V.E. ha manifestado en el desempeño de esa Comandancia, y deja al arbitrio de V.E., si no le acomodare desembarcar en Cartagena, el seguir directamente con la fragata a Mallorca para restituirse a su casa”*.

El 12 de julio zarpa de Algeciras Barceló. Antes de doblar Punta Europa, dirigiría una última mirada a la ciudad, corrida de blanco entre el mar y la montaña, de la que, después de una primera estancia de cuarenta y cinco meses y otra segunda de dieciocho, se llevaba tan tristes recuerdos. El tiempo le obligó a entrar de arribada en Málaga, en cuyo puerto fondeó a las doce de la noche del 13. Días después llegó a Cartagena. En la tesorería de aquel Departamento le abonaron cuanto se le debía desde que se había posesionado de las fuerzas en Algeciras.

El 28 entraba en la paz de su casa. Una estrella se apagaba en la historia.

ANOTACIONES

- Para la redacción de este estudio sobre don Antonio Barceló, reducido a los “sinsabores y amargos desengaños”, que por mor de la envidia recibió durante sus dos estancias en Algeciras, se ha utilizado la biografía de F. Ferrari Billoch, publicada en el año 1941 en Barcelona por Ediciones Patria con el título de *“Barceló. Sus luchas con ingleses y piratas berberiscos”*. No contó Ferrari para la suya con ninguna otra anterior a pesar de haber pasado alrededor de siglo y medio de la muerte de don Antonio. La compuso reuniendo y ordenando las noticias sueltas que, dispersas aquí y allá, encontró sobre el personaje. No han sido tampoco muy generosos, que digamos, los historiadores con Barceló.

- Y aunque no es propio del fin de este estudio, puede el lector curioso saber algo sobre las relaciones de Barceló con la población civil. Poco, pero, al parecer, suficiente como para deducir que fueron buenas. Santacana en su *“Antiguo y moderno Algeciras”* (pág. 234) recoge la tradición de que don Antonio solía pasearse por la Alameda, delantera a la capilla

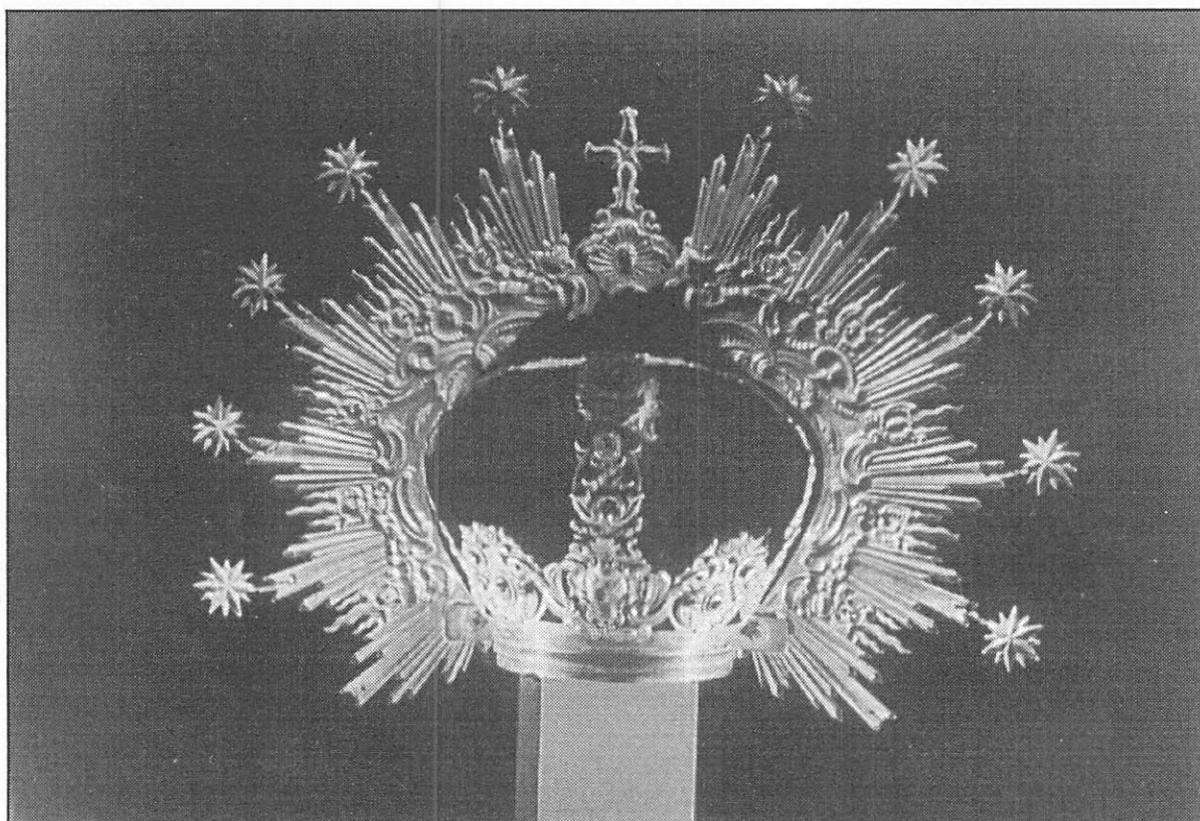


Figura 3. Corona de plata de la imagen de la Virgen del Carmen de Algeciras, donada por el Almirante Barceló en 1783.

a cuyo Cristo tenía gran devoción. Pruébalo, además, la corona de plata que ciñe las sienes de la imagen de Nuestra Señora del Carmen en su iglesia. Para eterna memoria lleva grabada la siguiente inscripción: *“Esta corona la dió el Excmo. Señor Don Antonio Barceló siendo Teniente General de la Mar. Año de 1783”*. Algeciras, por su parte, se mantuvo ajena a las intrigas de los que pretendieron destruirlo.